SAYNETE

INTITULADO

EL CASAMIENTO DESIGUAL,

Y LOS GUTIBAMBAS Y MUZIBARRENAS,

De D. Ramon de la Cruz.

PARA DIEZ PERSONAS.



C. I.

CON LICENCIA:

EN CADIZ, AÑO DE 1801.

En la Imprenta de Marina, calle de San Francisco.

EL CASAMIENTO DESIGUAL.

PERSONAS.

Juan.
Alcalde.
Perico.
Pantaleon.
Urraca.
Don Luis.
Don Antonio.
Josefa.
Sinforosa.
Un Criado.
Acompañamiento.

Calle, y sale Juan vestido de militar á lo payo.

Juan. Todos los que fueren tontos
dicen que tengan paciencia.
Yo soy tonto, pero à mí
me es imposible el tenerla.
Ay! Caséme: He dicho mucho?
pues mas que decir me queda;
y si se dixera todo,
larga conversacion era.
Ah! Cómo es mi casamiento
una leccion estupenda
para los plebeyos que
se casaren con noblezas.

Sale el Alcalde.

Alc. Juanillo Redondo?.... Usted
perdone la inadvertencia;
me olvidé hoy de su acierto,
y que ya llamarle es fuerza
Señor Don Juan.
Juan. Pues qué cosa
he logrado yo, ò qué hacienda?
Alc. Ahí es una chilindrina!
Subir desde la llaneza
de su linage à enlazar
con la familia mas llena
de blasones en la Villa.
Juan. Y qué le sirve al que trepa
trepar mucho, si despues
se cae, y cae de cabeza?
Alc. No entiendo.
Juan. Suele haber cosas
raras en esta materia.
Alc. Pues qué ha sido?
Juan. En dos palabras:
que ayer rico libre era,
y hoy soy esclavo y soy pobre;
y si Dios no lo remedia,
mañana seré lo peor
que hay que ser sobre la tierra.
Alcalde. Cómo?
Juan. Ya se apoderaron
mis dos suegros de mis rentas;
mi muger triunfa y malgasta,
gusta de bayles y fiestas;
me destruye mis caudales
en la muchedumbre inmensa
de sus hambrientos parientes;
y si quiero reprehenderla
dice que para eso es noble,

y que yo soy un trompeta,
que no debo hacer sino
callar y soltár pesetas,
aunque ella haga lo que haga,
y yo vea lo que vea.
Alc. Y á eso qué dicen sus padres?
Juan. Que su hija es muy discreta,
muy prudente, muy juiciosa,
muy virtuosa y muy bella
porque es noble, y que yo soy
(porque no gozo la mesma
excepcion) un malnacido,
un picaronazo, un bestia.
Alc. Pero de vuestra muger
teneis alguna sospecha?
Juan. No; aunque ella es alegrita,
y en viendo que alguno llega
de Madrid ò de otra parte,
se pone muy petimetra,
dice que quiere tertulia,
y anda el fandango y la gresca.
Alcalde. Y eso es malo?
Juan. Puede serlo.
Pero en fin, noble ò plebeya
ya es mi muger, y yo soy
su marido ya; y mi tema
es que no quiero perder
mi caudal, ni que se pierda.
Alc. Vos decis bien, Juan Redondo,
manteneos norabuena
en esa resolucion;
en todo obrad con prudencia,
y si os dieren que sentir,
ò algun agravio en la hacienda
ò en la estimacion, callad
y dexadlo por mi cuenta,
que á esos Señores yo haré
mirar que la diferencia
de los linages es menos
que la union que hizo la Iglesia;
y à Dios, que parece que an
por ahí la gente de fiesta,
y voy à procurar que
sin perjuicio se diviertan.
Vase.
Juan. Señor Alcalde, mil graci
vaya usted con Dios. Él pien
sin duda que suegro hambrien
y necesitada suegra,
y una muger loca y vana,
son gentes que se sujetan
facilmente; pero en fin,
bueno es por lo que suced
tener de su parte un homb
la justicia. Pero aquella
es mi casa. Solamente
de ver la fachada tiembla
un hombre. Qué será al v
todo lo que hay dentro de ell
Si habrán merendado con
mi ilustrísima parienta
mis nobles suegros, y el res
de su hidalga parentela?...

Sale Perico.

Juan. Mas ola! qué hombre es aqu
que parece que à reserva
sale de mi casa?
Perico. Malo:
Ya no haré la diligencia
(pues allí un hombre me mira
sin que ninguno me vea.
Juan. Él se ha parado.
Perico. Buen chasco
fuera el que éste dixera
que me vió salir de aquí.
Juan. A Dios.
Perico. Tenga usted muy buen
tardes.

Juan. Es usted forastero?
Per. Señor, soy mozo de espuela,
que he venido aquí con unos
Señores desde Ballecas.
Juan. Y viene usted de esa casa?
Perico. Chis......

Puesto el dedo en la boca.

Juan. Cómo?
Perico. Chis.....
Juan. Linda treta.
Porqué?
Perico. Chito, y no decir
que me visteis salir de ella.
Juan. Pues porqué?
Perico. Ahí no es nada!
Juan. No, decidlo.
Perico. Dexad vea
primero si hay quien nos oiga.
Juan. Nadie, nadie.
Perico. Pero cuenta
que habeis de guardar secreto.
Juan. Seguro está que se sepa
por mí.
Perico. Pues yo, amigo, vengo
de hablar à una damisela
que vive ahí, muy hermosa
y muy rica, y à traerla
un recadito de parte
de dos señores que intentan
cortejarla;.... mas cuidado
con no despegar la lengua.
Juan. Muy bien está.
Perico. Su marido
(segun dicen) es un bestia
y un zeloso, que no gusta
que à su muger le hagan fiestas.
Usted ya me entiende?
Juan. Sí.
Per. Pues chito, y allá se avengan.
Juan. Y quién son?
Perico. Los dos mejores
caballeros que pasean
por España. Quereis creer
que por esta diligencia
(que ya veis que no es trabajo)
me han dado quatro pesetas
cada uno?
Juan. Y el recado
últimamente qué era?
Perico. Que si gusta que mañana
ò luego à visita vengan,
ò que esta noche en el bayle
que hay en la plaza la esperan.
Juan. Y se lo habeis dicho?
Perico. No;
pero tiene una mozuela
por criada, que en mi vida
he visto cosa mas bella
para atender à un recado
de tanta importancia. Y ésta
dice que se lo dirá,
y aun la dará estratagema
para que à pesar del bruto
del marido se divierta.
Juan. Ah insolente! *Aparte.*
Perico. Ya es alhaja
la tal criadita.
Juan. Ah perra! *Aparte.*
Perico. Él rabiará.
Juan. Creo que sí.
Perico. Mande usted. La boca seca,
y no decir nada à nadie
porque el otro no lo sepa.
Juan. Bien está.
Perico. No sea usted el diablo,
cuidado; porque no crean
que soy hablador; callad.
Juan. Ya quedo con la advertencia.

Per. Bien, bien, verá usted qué risa
tendremos si usted me encuentra
en el bayle, de ver que
pegarla al marido intentan.
Vase.
Juan. Antes pegues tú y los otros
contra una esquina las muelas.
Ahora bien, Seor Juan Redondo,
en ocasion tan estrecha
qué ha de hacer usted? qué?
callar, que fuera indecencia
profanar con un garrote
de tu esposa placentera
las nobles costillas. Ah
desigualdad, qual sujetas
la libertad de un marido!
Estoy por darme trescientas
bofetadas en castigo
de mi ambicion majadera.
Ah nobleza, y qué de cara
por todas partes me cuestas!
Pero callaré? no, no,
su padre y su madre sepan
la alhagita que es su hija;
y si ellos no lo remedian,
entonces,.... pero ellos salen;
Dios te la depare en buena.

Salen Don Pantaleon y Doña Urraca á la antigua.

Pant. Yerno mio! Mas parece
que dá ese semblante señas
de triste.
Juan. Tengo de qué.
Urraca. Que no hay forma de que seas
político con las gentes,
Yerno, quande se te acercan?
Jn. Suegra, pende de que hay cosas
que à un cristiano le desvelan.
Urrac. Esa es otra. Que tampoco
cuides de mis advertencias,
que no te has de acostumbrar
á decir quando me veas,
con veneracion, Señora,
y no Suegra?
Juan. De manera,
que como me llamais Yerno,
por eso os digo yo Suegra.
Pantaleon. Pues qué ha habido?
Juan. Mi muger......
Pantal. Esta sí que es insolencia,
hablando de nuestra hija
decir mi muger.
Juan. Me lleva
Barrabas. Pues mi muger
no es mi muger?
Urraca. Cosa es cierta;
mas si te hubieras casado
con otra villana necia
como tú, dirias lo mismo.
Juan. Ah Juan Redondo, en qué gresca
te has metido por tu boda!
Pues señor, sea enhorabuena.
Y dexando por un rato
aparte tanta nobleza,
permitid que os diga en pocas
palabras, pero muy buenas,
que estoy poco satisfecho
del casamiento.
Urraca. Qué queja
podeis tener de una cosa
con tantas ventajas vuestras?
Juan. Y qué ventajas, Señora?
Habrá pedazo de bestia!
Mas ventajas creo tendrán,
se verá tal conchufleta!
los hambrientos que à mi costa

tienen las barrigas llenas,
y han hecho de mi dinero
apoyo de su soberbia.
Pant. Pues por tan poco contais
enlazaros con la excelsa
casa de los Gutibambas?
Urraca. Y de los Muzibarrenas
de quien desciendo; blasones
de una altura tan inmensa,
que el plumage del morion
se roza con las estrellas.
Juan. Sí, mis hijos serán Gutibambas y Muzibarrenas,
mas yo seré un gran cabestro
si el cielo no lo remedia.
Pantal. Y qué quiere decir eso?
Juan. Esto es, porque usted lo entienda,
que vuestra hija no vive
como Christo nos enseña.
Urraca. Mira bien lo que te dices,
que mi familia está llena
de virtudes, y no ha habido,
gracias à Dios, en toda ella
quien se descuide con un
pecado venial siquiera.
Juan. Tampoco los de la niña
discurro yo que lo sean.
Pantaleon. Pues qué hay?
Juan. Esos Señores
que han venido de Ballecas
os contarán como gusta
de tener correspondencia.
Pant. Mi hija! No fuera mi hija....
Urraca. Ni noble si tal hiciera.
Pant. Dí la verdad, que si es cierto,
yo te haré justicia seca.
Juan. Ya respondo.... Pero tate,
que los dos aquí se acercan.
Pantal. Pues entra tú à exâminar
à la niña mientras llegan.
Urraca. Voy. *Vase.*
Pantaleon. Tú calla, majadero,
y déxalos por mi cuenta.
Juan. Vea usted si tienen estos
cara de hacer cosa buena.

Salen Don Antonio y Don Luis.

Luis. A mala ocasion venimos,
pues si no mienten las señas,
el padre y marido son
los dos que están à la puerta.
Ant. Y qué se nos dá à nosotros?
Pantal. Estoy à vuestra obediencia.
Me conoceis?
Antonio. No tenemos
tanta fortuna.
Pantaleon. Pues sepan
que soy Don Pantaleon
Gutibamba de Contreras.
Luis. Nos alegramos.
Pantaleon. Yo sé
por cierto el que ustedes zelan,
visitan, cortejan, rondan
à una señora, y que ésta
vive aquí y es hija mia;
conque les ruego que cedan
por mí y ese pobre hombre,
à quien hoy le privilegia
el honor de ser mi Yerno,
para que seguro duerma.
Luis. El que lo ha contado miente.
Ant. Y el que lo ha dicho es un bestia.
Pantaleon. Vaya, vaya, Señor Yerno.
Juan. Qué?
Pantaleon. Responda.
Juan. Qué respuesta

Josefa. Vete tú si quieres,
que yo me quedo á la puerta
un rato à coger el fresco.
Juan. Sea muy enhorabuena.
Que hasta el acostarse tarde
sea blason de la nobleza!
Vase.

Sinfor. Quién diablos se lo habrá
dicho?
Josefa. Tú fuiste muy loca y necia
en fiarte de Perico;
y como eso te acontezca
otra vez, te irás de casa.
Sinf. Ácia aquí viene la gresca.
No se le baylan á usted
los pies?
Josefa. Sí, pero paciencia.
Diviértete bien, Antonia.

Salen los del bayle y Antonia.

Antonia. Pues qué tú no vienes,
Pepa?
Josefa. No puedo, amiga.
Sinforosa. El maldito
villano nos tiene presas.
Reniego de su prosapia.
Antonia. Vamos, darás una vuelta,
y luego podrás volver.
Josefa. No quiero, que si nos echa
menos rabiará.
Sinforosa. Ea, vamos.
Antonia. Vaya, muger, no seas
necia.
Josefa. Vaya, vamos, pero yo
al instante doy la vuelta.
Antonia. Diviértete, no seas tonta.
Todas. Ande la bulla y la gresca.
Vanse.

Asómase á la ventana Juan en mangas de camisa y gorro.

Juan. Mas que no quiere acostarse
ésta noche mi parienta!
Pepa? Sí, ya. Ilustre Esposa?
Señora Doña Josefa?
Mas quánto va que se ha ido
à correr el gallo! Pepa?
Muchacho, no me respondes?

Sale el Criado.

Criado. Aquí estoy, Señor, qué
ordenas?
Juan. Y tu ama?
Criado. Yo la he sentido
hablar estando à la puerta,
y no ha entrado.
Juan. Y la criada?
Criado. Tambien estaba con ella;
sin duda que se habrán ido
à la funcion.
Juan. Si? pues cierra
la puerta y vete corriendo
y dí à mis suegros que vengan
luego luego, que es preciso
para cierta diligencia;
y si hallares al Alcalde,
te le traerás por contera.
Corre.
Criado. Voy.... *Vase.*
Juan. A ver si así
puedo lograr que me crea.
Yo la aseguro... mas ola!
parece que gente suena.

Salen Josefa, Sinforosa, y los de la funcion.

Josefa. Váyanse ustedes, porque

si mi marido despierta
tendré yo una pesadumbre.
Juan. Tarde has echado la cuenta.
Todos. A Dios.... *Vanse.*
Josefa. A Dios.
Sinforosa. Al encierro.
Josefa. Entremos sin que nos sienta
de puntillas.
Sinforosa. Ay Señora,
que está cerrada la puerta.
Juan. Y bien cerrada.
Josefa. Hijo mio,
de quándo acá te desvelas
tanto ?
Juan. Madrecita mia,
es para ver tus finezas.
Josefa. Manda que abran.
Juan. Fué el criado
à hacer una diligencia.
Josefa. Pues baxa tú.
Juan. Estoy descalzo,
y me resfriaré las piernas.
Josefa. Baxa, ò me enfado.
Juan. Dos males
tendrás, y tres si no cenas.
Amiga, llegó mi hora,
y de que tus padres veañ
las virtudes de los Guti-
bambas y Muzibarrenas.
Josefa. Esto es peor. Mátame tú,
y mis padres no lo sepan.
Juan. Ya lo saben à estas horas.
Josefa. Ábreme, ò con las tixeras
me atravieso entrambas sienes.
Juan. Con que en una bien te dieras
estábamos despachados.
Sinforosa. Haga usted esta fineza
si no por mi ama por mí.
Juan. Bravo empeño se atraviesa.
Sinforosa. Pues Señora de mi alma,
ama mia, miedo fuera,
y matémonos entrambas,
que à bien que en viéndonos
muertas,
no hallándose aquí otro reo,
morirá ahorcado por fuerza.
Josefa. No abres ?
Juan. No.
Josefa. Pues à morir.
O qué infelice tragedia!.. *Cae.*
Sinforosa. Yo tambien muero con
mi ama... *Cae.*
Juan. Dios os dé la gloria eterna.
Josefa. Ponte aquí debajo, donde
los bultos no vea aunque quiera.
Juan. Ya procurarán matarse
de modo que no les duela.
Ah muchachas, no responden?
No. Pues ellas son tan buenas,
que porque me ahorquen, quizá
se habrán matado à sí mesmas.
Quereis entrar ? No lo digo?
voy à tomar mi linterna,
y à ver qué es esto. Qué vá
que esta noche hay mil tragedias
si ellas se han muerto? En camisa
no pararé hasta Ginebra. *Vase.*
Josefa. Cuidado con avanzar
asi que abra la puerta.
Sinf. No, que ya está acobardado;
mejor es estar alerta,
dexar que salga, y entonces
cerrar y dexarlo fuera.

Sale Juan en camisa con linterna, y ellas se entran.

Josefa. Salió ya?
Sinforosa. Sí, ya salió.
Vamos presto, no nos vea. *Vans.*

Juan. Bien dicen que la muger
aburrida es mala bestia.
Mas dónde están? Se habrán ido
à recoger la berbena.
No parecen; pero à bien
que por mio el campo queda.

Salen Don Pantaleon y Doña Urraca con quitasol y farolon.

Pant. Muy fresquita está la noche.
Qué embaxada será esta?
Sin duda que nuestro Yerno
ha dado en otra simpleza.
Urraca. Qué podrá ser sino alguna
de sus muchas frioleras.

Sale el Alcalde y otro.

Alcalde. Qué ha habido aquí? La Justicia.
Juan. Ya está la gente completa.
Josefa. Ay padres del alma mia!

A la ventana con Sinforosa.

Venid, que estoy casi muerta,
y ved à qué hora me tiene
ese picaron en vela.
Sinforosa. Ved como viene, y à la hora
que sale de la taberna.
Juan. Eso es bueno.
Josefa. Yo no puedo
sufrir vida tan inquieta
para el alma y para el cuerpo.
Juan. Esto es mejor.
Urraca. Qué insolencia!
Juan. Parece que me han echado
una travilla en la lengua.
Urraca. Jesus! Pónganle una capa,
que me corro de vergüenza
de ver un hombre en camisa.
Juan. Yo....
Pantaleon. Por Dios me tengan,
ò hago un disparate.

Salen Josefa y Sinforosa.

Josefa. Ay padre!
Sinforosa. Ved si es malo, pues se juega
hasta los propios vestidos.
Juan. Señor, que es una embustera,
que ella es la que se ha escapado
de casa, y para cogerla
en el garlito os llamé.
Pantaleon. Como es facil que desmientas
las picardias, cogido
in fraganti?
Alcalde. Valga flema,
que à la Señorita yo
la ví en el bayle; por señas
que estaba con dos alanos
forasteros à la oreja.
Juan. Y hasta la puerta de casa
no desasieron la presa.
Pantaleon. Pues cómo están ellas dentro
cerradas, y él está fuera?
Juan. Como al salir yo à buscarlas
me jugaron esa pieza.

Sale el Criado con una casaca.

Criado. Tome usted luego la ropa,
que está la noche serena.
Juan. Ved si vengo de jugar
los vestidos.

Pantaleon. Mucho aprietan
estos testigos.
Urraca. Aprieten
ò no, la razon es nuestra,
que él es plebeyo, y nosotros
nobles por naturaleza.
Juan. Malditos sean mis suegros,
y maldita su nobleza.
Alcalde. Yo sé que todo este daño
nace de la ventolera
de ustedes. Él es honrado,
y esta Señorita es buena.
Él ha adelantado en clase,
y ustedes en la riqueza;
conque vaya uno por otro.
Y ahora cada uno se meta
en su casa, prevenidos,
que si no tienen enmienda,
sabrán, bien á su pesar
y de su vana soberbia,
que tiene mas privilegios
mi Vara que su nobleza.
Juan. Con permiso de los Gu
bambas y Muzibarrenas.
Pantaleon. Pues mi bendicion, y c
tu muger allá te avengas.
Juan. Y con ustedes tambien
si me tratan con franqueza
y amor, pues que yo los quie
como à mis padres; y en prue
hemos de dar entre todos
un asalto á mi bodega.
Unos. Viva Juan Redondo.
Otros. Viva.
Pant. Y aquí concluye la ide
que se acaba como siempre
por temor de ser molesta.
Todos.
Suplicando al auditorio
perdonen las faltas nuestras

FIN.